

LA IGLESIA DE LOS POBRES Y LA EXPERIENCIA DE DIOS

José Comblin

Sociòleg i teòleg de l'alliberament. Brasil

Quisiera empezar evocando algunas conversiones muy representativas de nuestro tiempo. Ustedes comprenderán que empiece con las conversiones de dom Helder Câmara. Dom Helder tenía 46 años. Ya había sido asesor nacional de la Acción católica, director general de la enseñanza católica, fundador de la Conferencia de los obispos de Brasil de que fue secretario general, y director o inspirador de instituciones. Era obispo auxiliar de Río de Janeiro. Fue el organizador del Congreso Eucarístico Internacional de 1955 en Río de Janeiro. El Congreso fue de un gran triunfalismo eclesiástico. Luego, después del Congreso, el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, fue a despedirse de dom Helder. Le dijo que el Congreso había mostrado sus excelentes talentos de organizador. Y le dijo: por qué no pone Ud. sus talentos para solucionar esa vergüenza de esas miserables favelas. ? Inmediatamente dom Helder tomó las manos del cardenal, las besó y le dijo: Señor cardenal, ahora mismo mi vida cambia. Y cambió. Dedicó los nueve años que todavía quedó en Río de Janeiro para fundar obras que pudiesen ayudar a los favelados que se estimaban entre 400.000 y 600.000 habitantes en 150 favelas. Fue una primera gran conversión. A los 46 años el obispo había descubierto a los pobres.¹

La segunda gran conversión se dio en 1964 cuando llegó a Recife como nuevo arzobispo. Descubrió las comunidades de base que en Recife se llamaban “*Encontro de irmãos*”. Descubrió que allí estaba la verdadera Iglesia, la Iglesia de los pobres. Ya no se trataba de ayudar a los pobres, sino de reconocer que entre ellos estaba la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Quisiera citar otro ejemplo muy significativo. Se trata de un jesuita chileno el padre José Aldunate. Somos amigos desde siempre. Fue provincial de la Compañía en Chile y ocupó todos los puestos importantes. Solo le faltaba conocer la verdadera Iglesia. Él mismo cuenta cómo se produjo esa conversión. Tenía ya 56 años. Con un grupo de sacerdotes entró en una experiencia de vida obrera en las minas de Chuquicamata al norte de Chile. Luego vino el golpe y él se trasladó a Concepción como carpintero de la construcción².

Su vida cambió radicalmente. Se puso al frente de los movimientos de protesta contra la tortura, las prisiones arbitrarias, la desaparición de presos. Fueron 30 años de vida diferente. Durante 30 años estuvo en medio de las víctimas de la represión, casi todos comunistas o socialistas. Allí estaba la Iglesia. Ya celebró sus 90 años y tuvo que terminar sus actividades porque casi perdió la vista³.

Cómo no citar a Mons. Óscar Romero, el obispo más conservador de su país, que se convirtió con la muerte del P. Rutilio Grande, asesinado por las fuerzas de policía. Este hecho le hizo descubrir las mentiras de los gobiernos y, al mismo tiempo, le hizo descubrir el verdadero pueblo salvadoreño en el que reconoció a la verdadera Iglesia. Se hizo el portavoz de esa Iglesia. Lo mataron, porque estaba abandonado por el Papa, por sus colegas obispos y por la totalidad del

¹ Cf. Nelson Piletti y Walter Praxedes, Dom Helder Câmara. Entre o poder e a profecia, ed. Ática, São Paulo, 1997, p. 233; Nelme Roque Tem Kathen, Uma vida para os pobres. Espiritualidade de D. Helder Câmara. Loyola, São Paulo, 1991, p.60-63.

² José Aldunate Lyon S.J., Un peregrino cuenta su historia, ed. Ignacianas, Santiago, p. 109-118. (s.d. 2006)

³ Cf. Hernán Vidal (org.), José Aldunate, S.J., Una voz que empuja nuestra historia. 1973-2003, mosquito ed., Santiago de Chile, 2004.

clero. Se quedó solo en su diócesis y el Estado Mayor del Ejército entendió que tenía las manos libres para matarlo.

Quisiera recordar a Mons. Leónidas Proaño, obispo de Riobamba en el Ecuador por una razón de profunda amistad durante unos 25 años. Descubrió al pueblo de los indígenas en medio de una inimaginable miseria. Sin embargo trabajó 30 años como obispo de los indígenas acompañando esa Iglesia de los indígenas, aún contra muchos obispos, parte del clero, el Vaticano, y todos los buenos católicos de sus diócesis. Sabía que la verdadera Iglesia estaba en medio de los indígenas de la provincia de Chimborazo.

Yo podría citar cientos o miles de ejemplos semejantes: de hombres y de mujeres. De todos ellos se deduce una conclusión: lo que sucede hoy día es, exactamente, lo que encontramos en el Nuevo Testamento. Los que acompañaron a Jesús eran los pobres. Los que fundaron las primeras comunidades eran pobres. El mismo Pablo, que era rico de su ciencia de la Ley, se hizo pobre cuando descubrió que toda esa ciencia era nada.

No voy a rehacer la demostración de esta doctrina del Nuevo Testamento, pues ese trabajo ha sido hecho por dos excelentes teólogos españoles: Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino⁴. Más tarde la composición social de la Iglesia ha cambiado, pero la Iglesia primitiva de los pobres es para siempre la referencia indiscutible. Ricos entraron en la Iglesia y, con su superioridad humana y social, conquistaron puestos de mando. Hasta hoy.

Cuando la Iglesia, en la persona de sus obispos, aceptó el papel de religión imperial, escogió la riqueza. En el siglo IV, la gran mayoría de los obispos cayeron en la herejía del semi-arrianismo como lo subrayó en otros tiempos Newman, y los que conservaron la verdadera fe fueron los campesinos analfabetos de Egipto y otras regiones. Sin embargo en esa época apareció un grupo de grandes obispos que permanecieron en la historia como los segundos fundadores de la Iglesia: Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno, Basilio, Ambrosio y otros, que aun frente a la corte imperial de Constantinopla defendieron que la verdadera Iglesia era la de los pobres.⁵

¿Por qué la Iglesia es de los pobres? Porque Dios se hizo pobre. Al entregar la tierra al género humano, Dios le entregó su poder, renunció a su poder. Esto fue confirmado por la promesa hecha después del diluvio cuando Dios prometió que esta sería la última manifestación de su poder.

Es verdad que el Antiguo Testamento está lleno de intervenciones poderosas de Dios en innumerables guerras. Pero todo eso era contaminación del mensaje hecho a Abraham por doctrinas de los pueblos paganos. Las autoridades de Israel adoptaron las teologías paganas de sus vecinos. Los profetas no lograron que las autoridades reconocieran la verdadera palabra de Dios. La palabra de los profetas no se perdió porque hubo discípulos que conservaron sus mensajes y los pusieron por escrito. El mensaje permanecía aún cuando estaba en contradicción con el culto oficial. Su verdad se hizo evidente cuando apareció el Hijo de Dios.

Que Dios hizo abandono de su poder se hizo manifiesto cuando envió a su Hijo a la tierra sin ningún poder. El Hijo de Dios se hizo radicalmente pobre. ¿La pobreza tendría algún valor? Claro que no. Pero la riqueza es poder y fuente de poder. Además, Jesús no tenía ni el poder de las armas, ni el poder de la ciencia. No había estudiado la ciencia de su tiempo. El Padre no vino

⁴ Cf. Ignacio Ellacuría, *Escritos teológicos*, t. II, UCA, San Salvador, 2000, p. 417-500; Jon Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Sal Térrea, Santander, 1981.

⁵ Cf. Juan Leuridan y Guillermo Múgica, *Los pobres en los Padres de la Iglesia*, CEP, Lima, Perú, 1980.

a salvarle cuando estaba crucificado. Lo dejó abandonado, sin ningún poder. El Hijo había venido a confirmar que Dios había abandonado su poder.

El poder es imposición, dominación, consiste en obligar a otros a hacer mi voluntad. Hay muchas maneras de realizar eso, como hay varias expresiones del poder. Jesús no quiso imponer nada a nadie, vino a rehacer la libertad y no a destruirla. Vino a llamar, pero no a imponer. Por eso no tenía ninguna forma de poder. Los ricos creen que uno puede ser rico y tener espíritu de pobre, actuar como si fuera pobre, sin dominación alguna. Pero el que tiene poder y no lo usa, no es igual al que no tiene poder. El saber que en última instancia uno podría usar el poder, lo cambia todo. Todo habría sido diferente si Jesús hubiera tenido riqueza, poder político, ciencia apreciada socialmente y vivido como si no tuviera todo eso. Es diferente ser crucificado sabiendo que nadie vendrá a salvarlo, o ser crucificado sabiendo que en última instancia alguien podría salvarlo. Ser pobre es hacer la experiencia del no-poder.

No es que todos los pobres serían la Iglesia. La pobreza en si no es ninguna virtud. La ventaja de los pobres es que no pueden imponer su voluntad a otros. Pero esto no basta. Jesús vino a entregar a los pobres la misión e rehacer una humanidad realmente humana, sin poder humano, solo con la fuerza del Espíritu. Son la Iglesia los pobres que aceptan la vocación dirigida por Jesús. Aceptan el reino de Dios, aceptan el camino sin poder de Jesús, aceptan dedicar su vida al reino de Dios. Sin dominar, sin imponer, lo que no podrían hacer aunque lo quisieran. Pero hay pobres que han interiorizado la mentalidad del rico, la mentalidad del poder y, cuando la fortuna les es favorable y ellos adquieren un poder, se muestran semejantes a los poderosos. A veces más duros todavía.

Todos los pobres serán los beneficiarios del reino de Dios, pero no todos serán los colaboradores de su advenimiento. Pues éste es el papel de la Iglesia y supone una actividad, pero una actividad que es la de los pobres y que solamente los pobres pueden hacer. Por eso la Iglesia es de los pobres, pero no de todos los pobres, si no de los que creen en el evangelio y entran en el camino.

Si la Iglesia es de los pobres, ¿cómo explicar que aparentemente la Iglesia sea identificada con los ricos? Una primera respuesta sería que no conocemos la historia de la Iglesia, y no sabemos cuáles son las personas que hacen la Iglesia. Lo que la historia conoce, es lo que dejó documentos. Ahora bien, solo dejan documentos los que tienen algo de poder. Lo que más conocemos de la Iglesia son justamente todas las infiltraciones del poder en la Iglesia. Sabemos todo lo que sucedió para que la Iglesia perdiera lo que hacía su vocación.

Hay ricos que se hacen pobres y, por eso, dejan documentos. Tenemos documentos de Francisco de Asís, aunque muchos documentos hayan sido quemados por orden de S. Buenaventura.

La historia cristiana está hecha por dos movimientos. Esa historia parte de la Iglesia de los pobres de los primeros tiempos. Poco a poco algunos instrumentos de poder entraron en ella. Con la adopción de la Iglesia como religión de Estado por Constantino y durante 15 siglos, la Iglesia estuvo identificada con el poder económico, político y cultural. No todos los cristianos tuvieron esos poderes. Pero fueron justamente los que aparecían como los representantes visibles de la Iglesia, que detentaban un inmenso poder en nombre de la Iglesia, engañando a todos, y a sí mismos. Como decía Juan XXIII en su discurso de apertura del Concilio, de eso estamos libres, y esto es una señal de los bienes que nos llegaron con la modernidad. Aludía a las revoluciones liberales, que le quitaron a la Iglesia una parte importante de sus poderes. Aún hoy, después de 200 años de las revoluciones que destruyeron la mayor parte del poder de la Iglesia, la gente pobre todavía dice que la Iglesia es rica. Es que todavía quedan muchas señales de la

antigua riqueza, no desaparecieron del todo, y todavía quedan en las manos de la jerarquía o de los religiosos muchas señales de poder y de riqueza. Los pobres no se equivocan.

Nunca faltaron pretextos para justificar ese poder. Un día escuché a un nuncio apostólico decir que sin poder la Iglesia no puede evangelizar. Para ese obispo evangelizar era exactamente lo contrario de lo que Jesús hizo y enseñó. Aun así, era reconocido como cristiano y, más que esto, como representante oficial de la doctrina que negaba.

Después de una invasión de paganismo en la Iglesia, aparece un movimiento de reacción.

Algunos, o algunos grupos, quieren retornar a los orígenes y seguir de nuevo los pasos de

Jesucristo. Quieren escuchar la palabra del evangelio A partir del siglo IV aparece el monaquismo que en pocas décadas logró llamar a miles de monjes. Hasta el siglo XII hubo una serie de reformas monásticas siempre con la finalidad de volver a la pobreza de los orígenes.

Después de algunas generaciones esos movimientos de reforma monástica entraron de nuevo en decadencia, acumulando riqueza y poder, lo que los alejaba de la Iglesia de los pobres de los orígenes. Todas estas reformas tuvieron penetraciones en el pueblo cristiano y despertaron movimientos de reforma más allá de los mismos monasterios.

En el siglo XIII las nuevas órdenes llamadas mendicantes, Franciscanos, Dominicos, Carmelitas, Agustinos... promovieron un profundo movimiento de reforma por el retorno a una Iglesia de los pobres. Pero no pudieron cambiar la situación de la Iglesia en la cristiandad. Fueron misioneros pobres en medio de una Iglesia rica y poderosa. La reacción fue violenta. Las estructuras de cristiandad no podían tolerar ese mensaje. Desde el siglo XIV la respuesta fue la condenación de los Espirituales franciscanos y de todos los movimientos de pobreza. El tema de la pobreza fue eliminado de la Iglesia católica hasta el siglo XIX. Fue una terrible época de esterilidad cristiana.

Dentro de la cristiandad la contaminación era inevitable. Desde el siglo XIV se oye en la cristiandad el clamor de los pueblos pidiendo una reforma en el cuerpo y en la cabeza. La reforma no vino de dentro de la Iglesia, sino en forma muy parcial. Vino en la Orden franciscana y en la Orden dominica en España, lo que permitió que hubiera verdaderos misioneros cristianos en América en la primera mitad de siglo XVI hasta que Felipe II prohibió que los frailes se metieran con los indígenas.

Cuando vino, la reforma tan deseada fue rechazada, y los reformadores fueron excomulgados.

Fue el gran cisma; Roma no quiso dar un paso. La separación se consumó y provocó un siglo de guerras de religión que fueron el gran escándalo de la cristiandad, desacreditó la Iglesia y generó la reacción anticristiana que se articula desde el siglo XVII y explota en el siglo XVIII, culminando en la Revolución francesa y las demás revoluciones del siglo XIX.

Después de Trento la Iglesia católica cayó totalmente en manos de los monarcas que la habían salvado de la reforma protestante. La Iglesia conoció una gran prosperidad material y una gran pobreza espiritual. Con el apoyo de los reyes logró que la casi totalidad de los habitantes recibieran todos los sacramentos, pero el espíritu del evangelio quedó oculto con raras excepciones como S. Vicente de Paúl, cuyo influjo fue muy limitado.

En el siglo XVIII la Iglesia era la institución más rica de Europa y América. Pero estaba en profunda decadencia y no se daba cuenta. ¿Quién habría podido recordar que la verdadera Iglesia era la de los pobres, cuando el Papa era un soberano y los obispos eran tratados como príncipes, y la Iglesia era la mayor propietaria de la cristiandad?

La Revolución francesa habría podido ser acogida como la gran liberación: la Iglesia de nuevo libre del poder, del dinero, de la dominación, del saber. Al revés, la jerarquía la recibió como una persecución y vivió con un complejo de persecución casi hasta el Concilio, pero sobre todo hasta la primera guerra mundial. En el siglo XIX la jerarquía movilizó a todos los católicos para

defender lo que la Iglesia todavía tenía de poder y de riqueza y para tratar de recuperar lo que había perdido. En esto la jerarquía engañó al pueblo cristiano. En el siglo XIX nacieron muchas nuevas congregaciones religiosas, que todas nacieron para servir a los pobres. Fueron desviadas de su destino primitivo para ser transformadas en ejércitos de la Iglesia para defender o recuperar su poder y sus privilegios.

A pesar de esa política eclesiástica tan anticristiana, en medio de los campesinos pobres, o de los artesanos pobres de las ciudades, estaba presente la Iglesia de los pobres que se sometía a los códigos del clero, pero vivía una vida fraterna, sin dominación entre ellos. Vivían desconocidos y eran pobres, sin poder contribuir con la riqueza y sin ser contaminados por ella.

Hubo voces proféticas que denunciaron la política adoptada por la jerarquía dirigida desde Roma. Fueron voces de laicos y también de algunos sacerdotes. No fueron escuchadas. Ellos se daban cuenta de que la Iglesia clerical iba a perder la nueva sociedad, iba a suscitar movimientos de rechazo o de abandono. Se daban cuenta de que no fueron los trabajadores quienes abandonaron a la Iglesia, sino más bien la Iglesia la que abandonó a los trabajadores, buscando la alianza de las clases dominantes con la ilusión de conservar privilegios sociales y políticos.

Llegamos al Vaticano II. Juan XXIII había pensado que el Concilio podría tratar de la cuestión de los pobres y de la Iglesia de los pobres. Se dio cuenta de que ese asunto estaba lejos de la mentalidad de la inmensa mayoría de los obispos y de los expertos. Los pobres y la pobreza no eran asuntos presentes en la conciencia de los obispos.

De hecho, sólo hay una alusión a los pobres en el n. 8 de *Lumen Gentium* nada más que para decir que la Iglesia necesita bienes materiales para poder evangelizar, pero que no busca la gloria terrestre. Reconoce que Jesús era pobre y que en los pobres se reconoce Jesús. Nada más.⁶

Sin embargo, desde la primera sesión el cardenal Lercaro había dirigido al Concilio un llamado patético tratando justamente de una Iglesia de los pobres. Fue muy aplaudido, pero nada pasó. La mayoría no estaba en la misma mentalidad. Un grupo de unos 50 obispos y unos 30 expertos se reunía a veces en el Colegio belga, animado sobre todo por dom Helder Câmara. Era “el grupo de los pobres”, muy discreto que no parecía integrarse con los demás. Se hablaba de un eventual esquema 14 tratando de los pobres. Pero no se habló más de ese esquema.

El grupo permanecía en contacto constante con el cardenal Lercaro que se comunicaba regularmente con Pablo VI. Al final del Concilio, el 16 de noviembre de 1965, un grupo de 40 obispos se reunió en la catacumba de Sta. Domitila y allí firmaron el llamado Pacto de las Catacumbas, por el que los obispos presentes se comprometían a llevar una vida pobre, sencilla. El Pacto de las Catacumbas fue ignorado por los demás obispos, pero tuvo una gran importancia porque fue el origen de la Conferencia de Medellín. Había un grupo considerable de latinoamericanos dentro de los 40.

Tengo el texto en portugués y cito algunos puntos haciendo yo mismo una traducción:

“1. Trataremos de vivir según el modo ordinario de nuestra población en lo que se refiere a la habitación, a la alimentación, a los medios de locomoción.

2. Para siempre renunciamos a la apariencia o la realidad de riqueza, especialmente en el traje y los signos de la función episcopal. No oro, ni plata.

3. No tendremos ni inmuebles, ni muebles, ni cuenta bancaria, etc. en nuestro propio nombre.

⁶ En un artículo del n. 124 de la revista *Concilium* el padre M.-D. Chenu manifiesta mucho entusiasmo por ese n. 8. Cf. Cf. “L’Église des pauvres” à Vatican II, *Concilium*, 124, p. 75-80 Leído ahora el artículo parece expresar un *whishful thinking*. No merece tanta alegría.

8. Daremos todo lo que sea necesario de nuestro tiempo, reflexión, corazón, medios, etc. al servicio apostólico y pastoral de las personas y grupos laboriosos y económicamente débiles”⁷ ¿Por qué la inmensa mayoría de los obispos no se interesaba por el asunto de la pobreza? Porque eran de cultura burguesa. La minoría conservadora que creó tantos problemas, era dirigida por algunos cardenales de la Curia romana. Éstos tenían una cultura feudal. Pero la gran mayoría tenía una mentalidad burguesa. Eran modernizados. Aceptaban los postulados de la sociedad burguesa, los derechos humanos, la separación entre la Iglesia y Estado. Pero ignoraban los problemas de las clases sociales. Ignoraban la mentalidad popular. En aquel tiempo en Europa dominaba la democracia cristiana, muchas veces en acuerdo con la socialdemocracia. Este sistema había creado un conjunto de leyes sociales que llevaba a una cierta armonía social; por lo menos apartaba la perspectiva de luchas sociales inminentes. Se podía redactar la *Gaudium et Spes* sin hablar de conflictos o antagonismos de clase. El problema obrero parecía haber sido superado. Esto mantenía una atmósfera de optimismo social. El contenido de la *Gaudium et Spes* coincidía con los programas de la democracia cristiana y de la mayoría de los gobiernos de Europa occidental en ese momento. Y todavía no se habían manifestado los fenómenos de la descolonización. La pobreza era vista desde la sociedad de Europa occidental. Los otros continentes todavía no habían despertado a sus problemas sociales, salvo algunas raras excepciones.

Medellín fue la retomada de los temas del Pacto de las Catacumbas por el episcopado latinoamericano⁸. Decía lo siguiente:

“Una Iglesia pobre: –denuncia la carencia injusta de los bienes de este mundo y el pecado que la engendra; –predica y vive la pobreza espiritual, como actitud de infancia espiritual y apertura al Señor; –se compromete ella misma en la pobreza material. La pobreza de la Iglesia es, en efecto, una constante de la Historia de la Salvación”(XIV, 5).

“Todos los miembros de la Iglesia están llamados a vivir la pobreza evangélica”(XIV, 6).

“La pobreza de la Iglesia y de sus miembros en América latina debe ser signo y compromiso. Signo del valor inestimable del pobre a los ojos de Dios; compromiso de solidaridad con los que sufren”(XIV, 7).

La Conferencia de Medellín provocó un choque tremendo en América latina. De hecho el estilo episcopal cambió. Muchos sacerdotes, religiosos religiosas se fueron a vivir en medio del pueblo pobre. Varios episcopados se lanzaron a la denuncia de la injusticia, por ejemplo en Brasil, Chile, Perú, Guatemala.

La reacción romana fue inmediata. El cardenal Samoré, que representaba la Santa Sede, fue castigado y apartado de sus funciones en la Curia por no haber impedido la publicación del Documento redactado por los obispos. Y la Curia preparó un plan para destruir la dirección del CELAM y reemplazarla por otra totalmente fiel a su inspiración, lo que sucedió en 1973. El nuevo CELAM lideró una campaña de denuncia de Medellín y de todos los compromisos con los pobres. Preparó la Conferencia de Puebla en 1979, cuya finalidad era denunciar todo lo de Medellín como infiltración política extremista, influjo del marxismo en la Iglesia. Todos saben que el instrumento escogido para realizar ese plan era el actual cardenal Alfonso López Trujillo, el hombre más detestado en América latina, aún en Colombia.

No lo logró porque los hombres de Medellín todavía estaban allí y no se dejaron manipular. Con el apoyo de Medellín se desarrollaron las comunidades eclesiales de base, sobre todo en Brasil,

⁷ Véase el texto en el número 124 (abril de 1977) de la revista Concilium

⁸ Véase sobre todo el capítulo XIV. Pobreza de la Iglesia

Chile, Perú, también en algunas diócesis de otros países de América central. En varias circunstancias le dieron el nombre de “Iglesia popular”. Las Comunidades eclesiales de base aparecían como la expresión concreta de esa Iglesia popular. Fueron objetos de una campaña difamatoria sistemática liderada por el nuevo CELAM. Fueron acusadas de fundar una Iglesia paralela, provocando un cisma.

El Documento de Puebla contiene un capítulo completo sobre la opción preferencial por los pobres. Habla de la urgencia del compromiso con los pobres. Insiste también en una conversión de toda la Iglesia a una vida de pobreza evangélica.

“Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva.

“Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor.... Así presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor”⁹.

Este capítulo permanece en la línea del Pacto de las Catacumbas y de Medellín. Hay todavía una distinción entre la Iglesia y los pobres, y la Iglesia debe comprometerse con los pobres y hacerse pobre para ser acogida. La Iglesia está frente a los pobres y mira hacia los pobres como un pueblo diferente de ella. Hasta entonces parece que la Iglesia todavía es pensada espontáneamente como institución, sobre todo como jerarquía. En la práctica la doctrina del pueblo de Dios no ha penetrado. Pues es evidente que la inmensa mayoría del pueblo de Dios es pobre. La Iglesia es de los pobres. Pero hay una institución que se reserva la eclesialidad y se considera como la Iglesia. En realidad la Iglesia es de los pobres, pero históricamente nació en la Iglesia una institución independiente del pueblo cristiano que se identifica con la Iglesia.

Cuando miran hacia los pobres, parece que no miran a sí mismos pues la Iglesia se compone de pobres, salvo una ínfima minoría que está en el clero y en los institutos de vida religiosa, y una pequeña parte de la clase dominante que se presenta como el laicado católico. La institución ve a los pobres como si estuvieran afuera. Pero al revés se podría pensar que la pequeña minoría que domina está fuera de la Iglesia que es la multitud de los pobres. ¿Por qué los sacerdotes o los religiosos nacidos muchas veces en familias pobres, dejan de identificarse con los pobres y los miran desde afuera? Han dejado de ser pobres: la ordenación o la profesión religiosa los sacó de los pobres. Aquí está el gran problema.

Por el lado de las Comunidades de base un cambio estaba entrando en la eclesiología, pues las comunidades de base eran comunidades de pobres, y se identificaban con la Iglesia y estaban conscientes de que la Iglesia es de los pobres puesto que es de ellas.

El Documento de Medellín, al hablar de la Comunidades de base, se acercaba a una Iglesia de los pobres. “La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial... Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial”¹⁰

El Documento de Puebla contiene advertencias que son el reflejo de la campaña sistemática del CELAM. Pero al mismo tiempo contiene muchas palabras de apoyo, reflejo del entusiasmo suscitado por ella en varios países. “Es de base, por estar constituida por pocos miembros, en forma permanente y a manera de células de la gran comunidad”¹¹.

⁹ Cf. Documento de Puebla, 1157-1158.

¹⁰ Documento de Medellín XV, 10.

¹¹ Cf. Documento de Puebla, 641.

La teología de las comunidades de base desarrolla los aspectos de célula de la Iglesia. Las comunidades de base son expresión de una eclesiología de comunión/comunidad. Como comunidades de pobres ellos son una denuncia de la injusticia y un llamado a la justicia. Como comunidades entre los pobres, ellas son un factor de formación de una sociedad fraterna y justa.¹²

Lo que hace difícil la teología de la Iglesia, es que la institución eclesiástica no es pobre, es poderosa económicamente, políticamente, culturalmente. El problema no es “¿qué debe hacer la Iglesia por los pobres?” sino más bien: “Puesto que la Iglesia es poderosa, ¿qué hace con su poder?” El problema es que la institución todavía es rica y poderosa. Si fuera toda pobre como al principio no sería necesario hablar de la pobreza como desafío propio de la Iglesia contemporánea. El problema es que la “Iglesia” siente la necesidad de acercarse a los pobres. Si se reconociera como pobre, no sería necesario acercarse a los pobres. El problema es una Iglesia aún poderosa.

Cuando se produjo la separación entre Iglesia y Estado en Brasil hace poco más de 100 años, un ilustre predicador que había sido abogado antes de ordenarse y fue el primer redentorista brasileño, dijo: ésta es la hora de la Providencia. Ahora la Iglesia queda libre y tendría que reconocer que los verdaderos cristianos en este país son los pobres. Pero los obispos se reunieron y decidieron que su tarea sería reconquistar el poder perdido, usando los medios que la república colocaba a su disposición, por ejemplo la educación. ¿Dónde estaba la voz de la Iglesia?

Los burgueses se sienten hombres y mujeres porque tienen plata y poder. No imaginan lo que podrían ser si perdieran su dinero y su poder. Creen que los pobres están totalmente deshumanizados. Porque los pobres no tienen, los creen deshumanizados porque no tienen bienes materiales.

Pero los pobres tienen toda una cultura. Hay una cultura de las favelas con sus fiestas, sus músicas, sus poesías, sus artes. Sus fiestas son fiestas de pobres, pero más alegres que las fiestas de ricos porque sin pretensión, sin nada que viniera romper la alegría de estar juntos. Existe entre ellos amistad, apertura, solidaridad, gratuidad y verdadera comunión. Es el único espacio en la civilización urbana en que se manifiesta un sentimiento comunitario en el que todos trabajan juntos para solucionar sus problemas. Los burgueses creen que todos los pobres tienen mentalidad de bandidos. Y muchos católicos creen que son supersticiosos, que practican una religión mágica, toleran con menosprecio lo que llaman la “religiosidad popular”. No ven que esa misma religiosidad se practica en todas las clases sociales y con más mentalidad mercantilista. No creen que los pobres puedan vivir una vida de experiencia mística semejante a la experiencia de los místicos catalogados. Sin embargo, ésta es la realidad.

Hay pobres, sí, deshumanizados. Los hay en las grandes ciudades actuales, en donde los sentimientos humanos están ausentes. Aun así entre los que duermen en la calle en São Paulo hay muchos valores de humanidad, muchos sentimientos elevados. Pierre Bourdieu publicó un libro sobre “*La miseria del mundo*”, que, en realidad, habla de la miseria de París. Allí, en París, hay pobres totalmente solitarios, cortados de relaciones humanas y sin esperanza, sin amor. Creo que esto sólo existe en las grandes ciudades de los países desarrollados. Es la otra cara del desarrollo. Pero entre los pobres existe la experiencia de Dios. Sin embargo, antes de entrar en el asunto, debemos decir cuál es ese Dios. Hay muchas figuras de Dios. En la cristiandad tuvimos un Dios feudal, que todavía subsiste en nuestra liturgia, puesto que lo invocamos diciendo: “Dios eterno y

¹² Cf. Marcello Azevedo, *Comunidades Eclesiais de Base e Inculturação da Fé*, Loyola, São Paulo, 1986, p.252s.

todopoderoso” semejante al barón, dueño de la tierra. Hay un Dios burgués, muy sentimental, lleno de sentimientos amorosos y que tiene sus delicias en las palabras amorosas que le dicen sus fieles. Necesita ser consolado porque sufre muchas ofensas. Es de la sensibilidad típica de las mujeres burguesas.

¿Cuál es el Dios verdadero? Es el Dios crucificado. Es el Dios que ha dejado todo el poder, toda la dominación. Es el Dios que no impone, pero llama. El Dios cuyo reino se expresa en las Bienaventuranzas. Es el Dios que no hace víctimas, no mata, no destruye, crea libertad, y, por eso, es pobre, nació pobre. Está actuando como Espíritu Santo en forma maternal, sin imposición, pero infundiendo una fuerza personal tan grande como la de una madre. Es un Dios que fue víctima de los que dominaban y mataban. El Dios que enfrentó sin armas los poderes de este mundo

¿Quién puede hacer la experiencia de este Dios? Los que viven en su vida un destino semejante, los crucificados que pueden hacer la experiencia de la fuerza del Espíritu en medio de sus sufrimientos. Ellos hacen la experiencia de la presencia de Dios en su vida. No diremos que todos hacen esa experiencia, pero hay entre los pobres, y no en pocos sino en muchos, según creo, que hacen esa experiencia realmente auténtica de Dios. Muchas veces esa experiencia les parece tan natural que no saben que es una experiencia muy especial. Sienten la fuerza de Dios en su debilidad.

Hacen esa experiencia de Dios cuando trabajan para ayudar a miembros más necesitados de la comunidad, cuando pueden consolar a los afligidos, cuando pueden acoger a los desesperados. Son personas completamente libres, sin ninguna ambición personal, sin ningún deseo personal. Siempre abiertas, siempre pacientes con el rostro radiante. Es muy difícil encontrar tanta sencillez en personas más desarrolladas aunque puedan existir también. Tienen experiencia de Dios porque lo sienten en su vida, en sus gestos, en sus palabras. No la buscan, ni siquiera saben que la tienen porque entró de tal modo en ellos.

Entonces viene la pregunta: ¿Qué pasa con nosotros en todo eso? Nosotros que no somos pobres, y para quienes la experiencia de Dios es un problema ¿Podemos estar en la Iglesia también aún con la ordenación sacerdotal, aún con certificados universitarios, aún con comodidades de la vida material?

Creo que podemos entrar también en la Iglesia de los pobres, si somos aceptados por ellos. No me parece suficiente defender los derechos de los pobres, denunciar las injusticias o hacer demostraciones y manifestaciones en contra del régimen mundial actual. Todo esto puede dar la impresión de que la Iglesia es poderosa. Ella tiene fuerza para desafiar a los poderosos de este mundo. Pueden llegar a la impresión de que la Iglesia va a salvarlos porque ella es fuerte. Estas cosas han sucedido. Algunos entre los pobres han sido desilusionados porque la Iglesia no había logrado darles la liberación.

Por otro lado, la participación en las luchas de los pobres no es algo específicamente cristiano. Es deber de todos en virtud de la ley natural.

Para que seamos admitidos en la Iglesia de los pobres, necesitamos entrar en convivencia con ellos con mucha sencillez, ninguna arrogancia, ninguna superioridad intelectual. No piden que seamos pobres como ellos, sino que les demos respeto, amistad, sencillez, ayuda en las necesidades inmediatas. Que tengamos relaciones como entre iguales sin ninguna voluntad de imponer nuestras ideas, nuestros planes pastorales o sociales. Entonces ellos nos aceptan como si fuéramos iguales a ellos. Claro que si logramos vivir todo el día y la noche con ellos, mejor, si nos alojamos como ellos, mejor. Como un sacerdote de Talca que murió joven todavía con 59

años. Era totalmente campesino con los campesinos. Hablaba la lengua de ellos. Lo llamaban el huaso Correa. Sin embargo, no es indispensable.

Todos sabemos que la gente pobre dice: este padre está con nosotros, ése está contra nosotros; este obispo está con nosotros y aquel obispo no está con nosotros. Lo mismo se dirá de los funcionarios públicos, o de los abogados o médicos o asistentes sociales y todas las personas que viven en contacto con ellos.

Podemos entrar en la Iglesia de los pobres. Si nos acercamos a convivir como amigos iguales, seremos muy bien acogidos y nos tratarán con mucho cariño. Sentirán como un honor que el obispo, o el padre o cualquier persona de cultura diferente entre en su casa, les dé consideración, escuche lo que dicen y les tomen en serio, no les tome como a ignorantes sino valorando sus conocimientos prácticos y su sabiduría. Cuidado con los regalos, que no aparezcan como manifestaciones de riqueza, como mostrando la riqueza que tenemos.

Por supuesto estaremos con ellos en sus luchas, sus protestas, sus manifestaciones, pero no como dirigentes. He conocido a muchas personas del clero o de los Institutos religiosos u otros profesionales que han podido hacerlo perfectamente. Estaban identificados con la Iglesia de los pobres a pesar de sus diferencias. Sabían que los que dicen que somos de la Iglesia de los pobres, no somos nosotros, sino ellos mismos. Otros tenían una mentalidad de salvadores de la patria y querían dar la solución a todos sus problemas.

La Iglesia de los pobres no tiene nada en contra de la jerarquía o del clero. Saben muy bien que cualquier organización necesita dirigentes y funcionarios. Pero esperan que estén con ellos. Por lo demás que cada cual cumpla con sus deberes.

El escándalo es que los pobres no entran en los templos católicos ¿Por qué? Porque los templos no los acogen. No frecuentan mucho los sacramentos. Es que los sacramentos no les dicen nada. Esa liturgia es arqueológica y los pobres no han estudiado la arqueología. Cuando se acercan a las ceremonias religiosas, no reconocen a sus vecinos, sus amigos. Necesitan otros tipos de comunidad y de oración. No ven comparación entre su religión cristiana y las pompas que presenta la TV sobre la Iglesia, pero a esto no le dan mucha importancia. Son cosas “de ellos”, o como se diría en Brasil “son cosas de blancos”. Su Iglesia son ellos. Hacen la experiencia de Dios en su vida de cada día y no les importan las cosas que no son de su mundo.

Las personas que se dicen cristianas y no se acercan, permanecen en la superficialidad. Es lo que tantas veces percibimos cuando estamos con movimientos católicos burgueses. Muchas palabras y poco contenido.

Termino con una anécdota. Yo estaba preparando una asamblea diocesana. El obispo, muy amigo, me pidió que diera una clase inaugural con una síntesis de lo que es cristiano hoy día. Le dije que yo no era la persona más indicada para tratar de ese asunto. Le dije: ¿por qué Ud. no pide a algunos seglares que lo digan? Por ejemplo que haya dos campesinos, un hombre y una mujer, dos obreros, un hombre y una mujer, y dos de clase media, un hombre y una mujer. Así se hizo. Todos lo hicieron muy bien, con mucha sencillez, pero con voz fuerte y mucha convicción, salvo una persona que fue justamente el hombre de clase media, que era comerciante. Dijo que eso era muy complicado, que no sabía cómo decir, quedó balbuceando y no dijo nada. Era exactamente lo que yo esperaba. Y era lo que yo quería enseñar: Hombres y mujeres que estaban dando a esos obispos su base, su base popular. Esto es, pues, una señal que nos ayuda cuando las tinieblas están invadiendo la tierra pero estos recuerdos permanecen y nos permiten transmitir, comunicar, continuar. Dios sabrá las señales que va a enviar, que va a mostrar. Nosotros estamos a la espera pero tratando de permanecer atentos, con los oídos abiertos, con los ojos abiertos para reconocer las señales cuando vengan. Gracias por su atención.